

DIARIO DE UN PEATON

Los Criados *Francisco*
Están de Arriba *39*

(Por Germán Arciniegas)

▼ O creía que los criados eran un producto de las divisiones económicas del mundo. Que a medida que se iba descendiendo por la escala de los salarios empezaba a encontrarse la gente humilde que dobla la frente en presencia del amo, mueve la cola como los perros y sacude los vestidos del señor. En los recuerdos de la infancia tengo muy bien grabada aquella frase acariciadora con que me saludaban los peones de la hacienda: «Mi amito, buenos días». Y siempre había asociado la idea del criado a la idea de la pobreza. Era la interpretación materialista de la historia, que durante años sedujo mi imaginación.

Ahora he visto que los criados se levantan y sacan el pecho con un aire que raya en altivez. Si usted quiere distinguir en un salón a los señores de los criados, le bastará buscar al hombre mejor parado, mejor vestido y más desenvuelto para dar con el criado. Los señores se ven como ratoncillos mal alimentados, peor vestidos y fugitivos ante la implacable superioridad de los hermosos criados de frac o de librea que son como los reyes de los cuentos.

Pero hay algo más. En los Estados Unidos, por ejemplo, no se encuentra un criado dentro de las clases que, por tener un salario corto, se llaman inferiores. Usted puede contratar los servicios de una persona para que le sirva en su casa, pero esa persona le hablará de usted a usted, nunca le verá como a un superior, le hará sentir en todo instante que es un orgulloso trabajador que ha entrado a su casa para ganar un buen salario, vendiéndole bien una parte muy medida de su tiempo. Si usted va al cine y tiene la curiosidad de mirar quién es la hermosa dama que está al lado suyo es muy posible que dé con las narices de la señora que está sirviéndole en su casa. Y nadie podrá distinguir nunca entre las personas que se sientan a manteles en los restaurantes, que van a visitar la exposición o que toman asiento en los buses, quiénes son las señoras y quiénes son las criadas.

Recuerdo la impresión que me hizo el primer día en que tuve una criada en mi casa en California, ver que tomaba asiento —la primera— en nuestra mesa y se adelantaba a coger el pan y servirse la sopa, como indicándonos a los patronos que ya podíamos seguir. No se le ocurriría a ella, jamás, sacudirme los hombros del saco o tener esos pequeños gestos que entre nosotros definen con tanta propiedad la posición de la servidumbre.

En cambio, he visto mucho criado —el auténtico criado nuestro— en las alturas. En el mundo de los negocios de la política, de la universidad, el caballero que cepilla el saco, que acaricia la mano, en cuya dulce voz parece renacer aquella linda frase acariciadora de «buenos días, mi amito», o es el primer factor del almacén, o el hombre que empieza a hacer una brillante carrera política, o el distinguido hombre de ciencia que sube a las tarimas catedráticas. De paso podríamos recordar aquellas dedicatorias ampulosas, recamadas de venias, hinchadas de adulación, con que solían abrir sus libros los grandes maestros del siglo de oro...

Hago estas anotaciones para preguntarme en conciencia si el criado debe tenerse como una categoría económica o como una categoría espiritual. Si el criado nace por un achaque de fortuna, o si es el producto de una inclinación del ánimo. Es obvio que yo no estoy descubriendo la pólvora. Hay un gigantesco archivo en la literatura universal que se basa en la actitud de lacayos de muchos hombres que ambulan por las altas esferas. Pero ahora me parece que el fenómeno es más bien un fenómeno de masas como dicen los sociólogos. Es que los criados «en masa» se subieron. Yo suelo mirar casi con angustia el caso de un millón de golosos caballeros de cuello blanco arrebatándose a las pobres criaturas que antes servían en las casas el privilegio de cepillar la ropa y de saludar a los niños con el canto arrullador de «buenos días, mi amito».



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA